

TEMPLO CAMPUS SAN JOAQUIN
PRIMERA PIEDRA
JUNIO 5 DE 1997.

En esta víspera del día de la universidad, tenemos la gran alegría de asistir a la bendición de las obras de la Iglesia del Campus San Joaquín. Yo le agradezco sentidamente a nuestro Gran Canciller, el Cardenal Carlos Oviedo quien ha de oficiar este rito, por el aliento que hemos recibido de él en el curso del proyecto, cuya realización debe traer tanto bien.

La primera iniciativa le correspondió hace algunos años a nuestro Gran Canciller de entonces el Cardenal Juan Francisco Fresno quien lanzó la idea de un templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, Patrono Principal de la Universidad, que hubiera de presidir las actividades de este, el más grande y más poblado de los campus universitarios. Al mismo tiempo, el Gran Canciller inició una recolección de fondos entre amigos de la universidad para darle comienzo a la obra.

Circunstancias económicas de pasajera estrechez retrasaron la puesta en marcha del proyecto, pero no pudieron borrar ni por un instante la determinación de hacer aquí una casa consagrada al culto divino. Y así superadas las dificultades, el Consejo Superior decidió llevar a la práctica la idea. Muy pronto, circunstancias inesperadas y que por lo mismo aparecen providenciales, pusieron a nuestro alcance recursos extraordinarios suficientes para iniciar la obra; y luego, como tantas veces ha ocurrido en la historia de la universidad, se dio el corazón amigo que - deseoso de la gloria de Dios y del bien de sus hermanos, llevó los recursos disponibles hasta el punto de que se hicieran suficientes para acometer la tarea de edificar definitivamente el templo.

Es bueno que todos sepan que la inspiración que movió a esta determinación de construir, fue en primer lugar la de dar gracias a Dios por la protección manifiesta en tantas empresas grandes y pequeñas de los tiempos pasados y de los últimos años, la voluntad bien concreta de honrar a Aquel de quien hemos sentido tantas veces y en manera que no podríamos dudar, que nos da el querer, el poder y el hacer. Este templo, construido para la comunidad universitaria, es una forma de acción de gracias, y no podríamos discurrir una mejor que un lugar donde se ofrezca permanentemente la Eucaristía, la gran acción de gracias en que Cristo mismo se ofrece por todos los hombres.

Casa consagrada al servicio de Dios, ella debe representar por lo mismo, lo mejor que tiene el ser humano, su capacidad de entrega gratuita, y de amorosa acogida del designio de Dios. Aquí, en medio de tantos edificios que son instrumentos aptos para la construcción del mundo, habrá uno, que será central, pero que no será un instrumento de nada: será simplemente el lugar donde habita Dios con los hombres.

Nos hemos tomado tiempo para seleccionar el proyecto, porque queremos que este espacio sagrado sea digno del sentido que tiene: que sea amable y acogedor como

recuerdo del corazón de Cristo, que sea solemne y sencillo como custodio de un misterio infinitamente más grande que nosotros, pero que se inclina para acogernos y elevarnos; que exprese la sobria riqueza de la arquitectura contemporánea porque es obra de una universidad que agradecida del pasado, tiene sin embargo sus ojos puestos en el futuro.

No queremos que esta obra sea una obra de la Dirección de la Universidad, sino la casa edificada con el amor de toda la comunidad universitaria. Es por eso que nos hemos comprometido a entregar un templo donde se pueda celebrar digna y decorosamente el culto divino, pero que me dirijo ahora a mis colegas, a los estudiantes, a los funcionarios, a todos los amigos de la universidad, para que cada uno haga un esfuerzo, ponga de su parte para el embellecimiento y ornato de la Iglesia. Esto tiene que ser la obra de la comunidad cristiana. Queremos que se vea que todos queremos y sabemos darle gracias a Dios.

Es por eso que hemos constituido una comisión para que de acuerdo con los arquitectos, y con la ayuda de todos, haga una realidad de este sueño: que aquí en el corazón mismo del campus San Joaquín, ocurra que la oración comunitaria y la oración personal, que la presencia del Señor Sacramentado, sean marcadas y señaladas por la belleza y que ocurra lo mismo que ha pasado para tantas iglesias, pequeñas y grandes, diseminadas por todo el mundo cristiano, que ha habido hombres y mujeres que han puesto las mejores de las obras de sus manos para la gloria de Dios.